

TEXTOS DE LA TRADICIÓN UNÁNIME - 9

**LA FILOSOFÍA POLÍTICA Y LA IDEA
DE JUSTICIA EN DANTE**



Francisco Ariza



LA MEMORIA DE CALÍOPE

Anteriores:

1. *Los Misterios de Mitra*. Francisco Ariza.
2. *Defensa de Sócrates*. M^a Angeles Díaz.
3. *Deméter. Símbolos y Ritos de su Cosmogonía*. Id.
4. *La Historia, Ciencia de la Cosmogonía*. Francisco Ariza.
5. *Afrodita-Venus*. Adara M^a Ariza Díaz.
6. *La Mujer-Sabiduría en Dante y los Fieles de Amor*. Luigi Valli.
7. *Federico González. Desde la Costa Maya del Pacífico*. M^a A. Díaz.
8. *René Guénon. Maestro Masón*. Id.

Ilustración de portada:

Dante y el Amor. Moritz von Schwind, s. XIX.

TEXTOS DE LA TRADICIÓN UNÁNIME - 9

LA FILOSOFÍA POLÍTICA Y LA IDEA DE JUSTICIA EN DANTE



Dante y Beatriz ante el águila de la Justicia.
Giovanni di Paolo, siglo XV.

Francisco Ariza



LA MEMORIA DE CALÍOPE

Abril 2019

LA FILOSOFÍA POLÍTICA Y LA IDEA DE JUSTICIA EN DANTE

Cuando se conocen determinados hechos de la Historia sutil de Europa lo primero que se advierte al visitar Florencia y las distintas ciudades de la región de la Toscana (especialmente Siena, Pistoia, Arezzo o Prato), es la profunda huella que allí dejaron Dante y los *Fieles de Amor*, herederos no sólo de las organizaciones iniciáticas y esotéricas de la caballería cristiana, sino también de la Tradición Hermética y Platónica. Esto es especialmente relevante en Dante, pero también lo es en lo que respecta a otros personajes que formaron parte de aquel círculo intelectual-espiritual, como es el caso de Giovanni Boccaccio y Francesco Petrarca, sin minusvalorar al resto de integrantes que conformaron esa organización iniciática de los *Fieles de Amor*, o *Fede Santa*, orden terciaria del Temple de la que Dante era precisamente uno de los jefes principales. Nos referimos a Brunetto Latini, Guido Cavalcanti, Cino da Pistoia, Lapo Gianni, Guido Guinizelli, Francesco da Barberino, Cecco d'Ascoli, Nicolo de Rossi y Dino Compagni, y a los que hay que añadir el francés Jacques de Baisieux y otros repartidos por la geografía francesa, especialmente el Languedoc y la Provenza.

Como veremos a lo largo de estas páginas la labor cultural llevada a cabo por todos ellos es un elemento a tener muy en cuenta y nos ayudará a comprender que sin dicha labor (que consistió fundamentalmente en recuperar la cultura clásica para el Occidente cristiano) no se hubiera producido el Renacimiento tal y como lo conocemos. Los *Fieles de Amor*, y su

influencia en Italia y Francia, constituyeron el “fermento” intelectual necesario para fecundar esa espléndida época, uno de cuyos centros principales fue la Academia Platónica de Florencia, surgida bajo el mecenazgo de los Medici y dirigida por Marsilio Ficino, sobre quien recayó la enorme responsabilidad de traducir y comentar los libros del Hermetismo alejandrino (los *Hermetica*) y la obra completa de Platón, o sea las dos corrientes sapienciales que, junto a las distintas corrientes sapienciales del judeo-cristianismo, nutren la Tradición de Occidente.

Pero antes de continuar, y en relación al término Tradición queremos recordar que esta es inseparable de la palabra “transmisión”, e igualmente de “recepción”. En realidad, la Tradición representa todo un conjunto de enseñanzas relacionadas con la transmisión de un saber cuyo origen es no-humano, pues trata de las ideas y principios más universales y metafísicos, los cuales para ser comunicados y comprendidos necesitan del lenguaje didáctico y sintético de los símbolos, que son precisamente sus transmisores. El hombre encuentra en la Tradición todo cuanto necesita para hacerse consciente de su ser en el mundo y poder alcanzar así el conocimiento integral de sí mismo, de su verdadera identidad.

En efecto, dichas enseñanzas se dirigen al ser humano considerado en todos los ámbitos de su realidad, pues no sólo tenemos un cuerpo y una psique (o alma) sino también un espíritu, que es al que se refieren precisamente esas ideas y principios universales. Cuerpo, alma y espíritu se corresponden con los tres mundos en el cosmos: el mundo terrestre (o infraterrestre), el mundo intermediario, y el mundo celeste. Esas correspondencias y analogías entre el microcosmos y el macrocosmos están perfectamente sintetizadas en la fórmula hermética: “Todo lo que está arriba es como lo que está abajo, y todo lo que está abajo es como lo que está arriba”.

De los principios más universales también derivan las diferentes ciencias y artes de la Cosmogonía, las que han dado lugar, a su vez, a la cultura y a la civilización humana. Si tomamos la figura del círculo, o de su equivalente la rueda, podríamos comparar esos mismos principios con el punto central (el espíritu o cielo) a los radios con las distintas ciencias y artes cosmogónicas (el mundo intermediario o alma) y a la circunferencia con la realidad que perciben nuestros sentidos (el mundo terrestre o el cuerpo). Sin ir más lejos, el mismo Dante señala en su libro el *Convivio* (II, XIII, 3) que:

del mismo modo que todo cielo móvil gira en torno a un eje que, respecto a ese movimiento, no se mueve, toda ciencia gira en torno a unos principios...

Por eso mismo, gracias al punto de vista metafísico (central y axial) toda acción que el hombre emprende está en perfecta armonía con el orden cósmico, de tal manera que su realidad cotidiana puede vivir en una relación constante con esas ideas y arquetipos, los que le otorgan unos valores inmutables en este mundo tan sujeto al cambio y a lo impermanente. Pero, por eso mismo, no podría existir la Tradición sin la “transmisión” y “recepción” de todo ese saber, y de ahí nacieron los distintos códigos simbólicos, los ritos y los mitos que lo vehiculan y lo hacen comprensible a la mentalidad del ser humano. Símbolos, ritos y mitos dan contenido a las ciencias y artes tradicionales. Pero el objetivo siempre es el mismo: que mediante esa comprensión y plena identificación con lo que esos códigos revelan, el hombre pueda superar precisamente su condición simplemente humana y acceder a sus estados superiores y a la Unión con su Principio.

Dicho esto, que nos ha parecido oportuno puntualizar, diremos en primer lugar que aunque nos centremos en la obra de Dante también acudiremos a lo expresado por otros

Fieles de Amor, pues al fin y al cabo todos ellos bebieron de la misma fuente doctrinal y expresaron su actividad intelectual a través de un lenguaje simbólico que nada tiene de vana erudición, sino que estaba sustentado en ideas que emanaban del neoplatonismo y del esoterismo hermético-cristiano, dentro del cual la alquimia cumplía un papel muy importante.

Asimismo, todos sabemos del protagonismo de Dante y de algunos *Fieles de Amor* (especialmente Brunetto Latini, Guido Cavalcanti, Cecco d'Ascoli o Cino da Pistoia) en los acontecimientos políticos vividos en ese tiempo, especialmente en Italia y Francia, países por donde pasaba en ese momento el eje del cambio histórico en Europa, un cambio que en realidad indicaba el fin del ciclo medieval y el nacimiento de una nueva época que desembocaría, como estamos repitiendo, en el Renacimiento. Recordemos que estamos hablando de finales del siglo XIII y principios del XIV.

Por otro lado, no debe extrañarnos ese protagonismo, pues si bien los fines de una organización iniciática son ante todo espirituales y metafísicos, esto no es óbice para que sus integrantes participen en los sucesos políticos de su tiempo, y más cuando, como es el caso, esos acontecimientos llevaban irremisiblemente a una caída en el caos social, resultado de los enfrentamientos entre los distintos reinos europeos como consecuencia de la ruptura en las relaciones entre el Imperio y el Papado, a la que hemos aludido en páginas anteriores.

Para Dante dicha ruptura procedía sobre todo del Papado, ávido de un poder mundano que acabaría prostituyendo los principios mismos del cristianismo. Dante tenía muy claro y apostaba por el concepto de la "división de poderes" entre los dos grandes mandatarios de la Cristiandad europea y cuyo principio estaba en la máxima evangélica ya mencionada: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de

Dios". Esta visión le otorga a Dante, y a otros como él que acreditaban en lo mismo, una cierta anticipación de lo que en el siglo XVIII Montesquieu, en su libro *Del Espíritu de las Leyes*, denominó la "separación de poderes". No pretendemos desde luego comparar la concepción política de Dante con la de Montesquieu, pero sí resaltar esa idea de "separación de poderes" que ambos compartieron, puesto que ella es una forma de encontrar el equilibrio en las relaciones entre los que deben regir la *res publica*.¹

Tengamos en cuenta que Dante y el resto de los *Fieles de Amor* además de artistas, filósofos, poetas y contemplativos, eran también hombres de acción que estaban comprometidos ante todo con la idea de Justicia, plenamente convencidos que su aplicación debía conducir a la paz y a la libertad para todo el género humano. La paz en la justicia, es decir la justicia como un don del cielo para el buen gobierno de los asuntos de los hombres. Esta alta concepción de la política era el santo y seña de los *Fieles de Amor* en sus relaciones con el mundo exterior, y en este contexto podemos ver cómo el libro *De la Monarquía* es en realidad una obra donde Dante expuso también los principios de una filosofía política de alcance universal. En este sentido también podría haberse titulado *De la República*, pues en realidad trataba de la Justicia como el elemento central que debía guiar las acciones de los seres humanos, empezando por los destinados a gobernarlos, idea esta que no estaba muy lejos de lo que pensaban algunos prestigiosos antepasados de Dante, y también de todos nosotros; nos referimos a Pitágoras, Platón, Cicerón...

Esta es quizá la diferencia fundamental que existe entre los autores tradicionales como Dante y los teóricos de la ciencia política que emergieron con la Ilustración. Nos referimos a que en Dante, como en Pitágoras, Platón, Cicerón, etc., los

¹ Sobre todo esto ver *Autoridad Espiritual y Poder Temporal*, de René Guénon.

principios que deben gobernar la ciudad son de orden metafísico, es decir están por encima de la razón humana, si bien esta los interpreta para ajustarlos a la naturaleza del hombre, que contiene el elemento “racional” como un instrumento y no como un fin en sí mismo, que es en el fondo lo que pensaban los filósofos “ilustrados” del siglo XVIII. Estos, sin desconocer aquellos principios, consideraban no obstante que ellos habían perdido vigencia, y por tanto influencia, lo cual es lo mismo que decir que ya no existían como referencia y eje, y por consiguiente sólo la razón podía guiarles en esa nueva visión del mundo, visión que esos mismos filósofos “fijaron” definitivamente en sus obras.

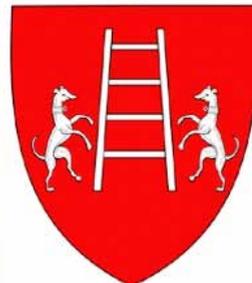
No debe extrañarnos entonces que se acabara hablando de la razón como una divinidad, la “Diosa Razón”, lo cual puede parecer paradójico, pero que muestra bien a las claras la intención de dotarla de una “luz” de la que carece pues no está su origen en ella. La razón, facultad de la mente, es, como esta, solo un reflejo, como es la luz de la luna con respecto a la luz del sol, al que se ha comparado a su vez con el foco de la luz espiritual, o Intelecto divino. Dante, en los cantos últimos del *Purgatorio*, compara en efecto su razón, o su mente como él mismo dice, con un espejo en el que se refleja el influjo del rayo divino que tiene su fuente en la Sabiduría, rayo que es llamado *buddhi* en la tradición hindú. A este respecto, Beatriz (la Madonna Inteligencia) le dice a Dante en el canto V del *Paraíso* en el preciso momento en que ambos llegan al cielo de Mercurio.

Abre la mente a cuanto yo te digo / y guárdamelo bien; que no hace ciencia el entender, sino el guardar consigo.

Queremos hablar de la dimensión política implicada en la obra de Dante, cuyas ideas al respecto también tienen su origen en la tradición platónica y estrechamente vinculadas

con la organización de la polis, de la ciudad, según el modelo que el propio Platón plantea en diversos lugares de su obra, especialmente en el *Timeo*, la *República*, el *Político* y *Las Leyes*. Según él mismo insinúa en un pasaje de la *Divina Comedia*, Dante conocía el *Timeo* por una traducción debida al neoplatónico cristiano Calcidio que vivió en el siglo IV.

Asimismo, Dante era conocedor de los entramados de la vida política y social de su tiempo. Recordemos que fue un hombre de armas en su juventud y miembro de las corporaciones de distintas artes y oficios (entre ellos médicos y constructores), participando asimismo en la política florentina a través de distintos organismos, y tuvo incluso una intensa labor diplomática en su edad madura durante su exilio al servicio de varios príncipes, especialmente de Can Grande de la Scala, señor de Verona, gibelino y partidario del Imperio como Dante y los *Fieles de Amor*.



Can Grande de la Scala, Señor de Verona.

Can Grande de la Scala estuvo casado con una sobrina del emperador del Sacro Imperio Federico II, y era además amigo personal de Enrique VII de Luxemburgo, quien sucedería a Federico II en la jefatura del Sacro Imperio tras un largo interregno. El Señor de Verona era un personaje importante dentro del círculo gibelino.

Todo esto nos da a entender que el poeta florentino era un hombre que a su saber teórico unía un sentido práctico que le empujaba a plasmar en lo concreto los principios que informaban su Filosofía y su visión del mundo. Era una aspiración muy alta desde luego, pero necesaria para dotar al momento histórico que le tocó vivir de un sentido superior que le sacara del callejón sin salida al que le habían conducido la corrupción de sus guías políticos y espirituales, corrupción simbolizada por Dante en la *Divina Comedia* (Infierno I, 94 y ss.) por “la loba de la avaricia”, la que sólo podía ser vencida por una fuerza cuyo poder emanara directamente del Principio, y que en Dante se personificaba en la figura del emperador o del monarca, pero siempre como emanación de la idea de Justicia.² Si no tuvo éxito en sus intentos por reformar profundamente la república mediante la restauración del Sacro Imperio, esto no ocurrió, como nos dice Erich Auerbach en su obra *Dante, poeta del mundo terrenal*, porque

careciera de la capacidad de percibir la realidad viva y operar en ella, sino porque se vio obligado a rechazarla. Para él “historia” y “evolución” no serían valores válidos por sí mismos; indagaba el signo que daba sentido al acaecer, y sólo encontró el caos, aspiraciones ilegítimas de lo particular, y por consiguiente confusión y desdicha. Para él la me-

² San Agustín se preguntaba, con palabras que hoy son de plena actualidad: “Sin la virtud de la justicia, ¿qué serían en realidad los reinos, sino bandas de ladrones?” *La Ciudad de Dios*, IV, 4.

didada de la historia no es la historia misma, sino el perfecto orden divino; un principio estático y trascendente del mundo que, sin embargo, no por ello era en absoluto abstracto ni estaba muerto; en su juventud había contemplado la perfección divina, y ésta era para él una experiencia física y la forma del anhelo que exigía su realización.

Ese “perfecto orden divino” que Dante contempla ya en su juventud, cuando se inicia en los misterios de los *Fieles de Amor*, no es otra cosa que la Cosmogonía y las ideas arquetípicas que la conforman. Para Dante estas ideas deben trasladarse al mundo del hombre mediante las estructuras simbólicas que dan forma a la cultura y la civilización, y por tanto a la Historia, que por eso mismo puede estudiarse también como un símbolo de la Cosmogonía, y no como el resultado de miles de anécdotas que poco nos dicen de las verdaderas fuerzas que mueven la Rueda del Mundo.

La Historia es el desarrollo en el tiempo y en el espacio de esas leyes y estructuras arquetípicas, que son inmutables por su condición atemporal, y es precisamente esa atemporalidad lo que permite que en todo cambio acaecido en la sucesión temporal continúe existiendo un reflejo de ese “perfecto orden divino”, es decir de la Cosmogonía Perenne, evitando de esta manera que el mundo sucumba en el caos y el desorden generalizado. La presencia de las ideas metafísicas en la sucesión temporal es lo que las tradiciones hindú y budista denominan precisamente el *Dharma*, la “Ley” que expresa la perennidad de la Inteligencia cósmica, y que aquí en nuestra civilización desde los tiempos de Roma su nombre no es otro que el de Providencia, a la que el platónico San Agustín asumiría enteramente para el Cristianismo. Precisamente Platón ya hablaba de la Providencia pero sin nombrarla por ese nombre, y a ella alude en realidad en las siguientes palabras:

el que cuida el universo tiene todas las cosas ordenadas para la salvación y virtud del conjunto, de modo que también cada parte de la multiplicidad padece y hace en lo posible lo que le es conveniente. A cada una de ellas se le han establecido jefes que dirigen continuamente lo que deben sufrir y hacer hasta en el mínimo detalle y hacen cumplir la finalidad del universo hasta en el último rincón, tú también, infeliz, eres una pequeña partícula de esas, que tiende y apunta siempre al todo, aunque minúscula, bien que justamente en eso se te oculta que todo el devenir se produce por el conjunto, para que la vida del universo posea una existencia feliz. El devenir no se ha producido por ti, sino tú por el universo. Pues si bien cualquier médico o cualquier artesano experto hace todo por el todo, no cabe duda de que confecciona la parte que tiende a lo que es mejor en general por el conjunto y no el conjunto por la parte. (*Leyes*, libro X, 903, b-d).

La Historia a la que hacemos referencia es entonces la trama, o el tejido vivo y orgánico, mediante el cual se expresa la Ley o Inteligencia cósmica, o la Providencia, y la política sería, en el dominio social, un “instrumento” en manos de los que gobiernan para canalizar las ideas-fuerza que emanan de dicha Inteligencia. Así lo entendió Dante y así lo han entendido siempre los sabios de todos los tiempos, que han advertido esa trama sutil que está detrás de los acontecimientos históricos, generándolos y llevándolos finalmente a su consumación, como un Destino inevitable –que es la propia Providencia–, al que conduce el devenir de las cosas manifestadas en el tiempo.

Si se hace “todo por el todo” como dice Platón se prima el interés del conjunto, y no el interés de la parte, la cual para

estar en armonía con el todo, o sea con el *dharma* o ley cósmica, ha de tenerlo como modelo a imitar: “la parte imita al todo”, no al revés, pues entre otras cosas esto “es lo más conveniente” para ella. Metafísicamente hablando lo “más” nunca puede derivar de lo “menos”. Por eso mismo la *civitas*, o *polis*, ha de ser gobernada de acuerdo a como es gobernada la ciudad del cosmos, en la que viven los dioses, o las jerarquías angélicas. Etimológicamente la política es la “*techné*”, la técnica, o el arte, con que se organiza el gobierno de los hombres de acuerdo a las leyes del cosmos; igualmente la política lleva implícita la palabra “ética” en su etimología, en la que subyace la idea de un orden en las relaciones entre los *civis*, los ciudadanos que componen la *civitas*, y por extensión la civilización. En este sentido podríamos decir, que la propia civilización es una “utopía” que se hizo posible, de ahí su delicado equilibrio, siempre amenazado por las tendencias disolventes que amenazan constantemente a nuestro mundo, especialmente en los períodos que, como el nuestro, están próximos a un fin de ciclo, en donde precisamente esas tendencias encuentran el “contexto histórico” más propicio para manifestarse.

Por eso mismo Dante sabe de la gravedad de la época en que le tocó vivir, una época de transición donde estaba en juego el destino de Europa, de Occidente, y el sentido superior de su civilización. Y es precisamente en el mantenimiento de ese sentido y al mismo tiempo en saber adaptarlo al nuevo ciclo que estaba surgiendo, que la obra de Dante adquiere su verdadera dimensión y puede ser calificada de providencial. Es por eso que nosotros tomamos a dicha obra como paradigma para entender también nuestro tiempo, ya que hay en ella un elemento intemporal que la hace plenamente actual, y desde luego encontramos ciertos paralelismos entre su época y la nuestra, pues también ahora está en juego el destino de nuestra civilización y de nuestra cultura.

El célebre historiador inglés Arnold Toynbee decía que muchas veces la caída de las civilizaciones se producía cuando la cultura tomaba las formas más inferiores y groseras al dejar de estar el gobierno en manos de los más sabios y pasar a los más ignorantes.

Por otro lado, no importa que Dante no conociera toda la obra de Platón, pues la enseñanza de este también le llegaría por otras fuentes, entre ellas la de Cicerón, y sin duda la de Dionisio Areopagita, considerado como el más platónico de los metafísicos cristianos, cuya obra *Jerarquías Celestes* inspirará a Dante la estructura del Paraíso dentro de la *Divina Comedia*, y también las ideas fundamentales para su concepción del Imperio Universal tal como lo expresa en *De la Monarquía*, donde podemos leer:

La disposición de este mundo sigue la disposición inherente a la circulación de los cielos.

Que se complementa con la siguiente afirmación que encontramos en otra de sus obras destacadas, el *Convivio* (II, 4-13), cuando al referirse a la acción de las ideas en el mundo nos dice lo siguiente:

De algunas de ellas deriva la circulación del cielo, que es lo que gobierna el mundo, el cual, en definitiva, viene a ser como una ciudad organizada, regida por la especulación de las inteligencias motoras [o sea, por las entidades angélicas o ideas-fuerza, o dioses].

La influencia de las *Jerarquías Celestes* del Areopagita sería decisiva también en las distintas corrientes herméticas y cabalísticas del neoplatonismo renacentista. Podemos considerar a este respecto el Gobierno del Mundo expresado en el libro sobre la Monarquía como una utopía que, como hemos

señalado anteriormente, toma como modelo la estructura del cosmos y sus leyes, y que tiene muchos puntos en común con las ideas expresadas por Tommaso Campanella en esa otra utopía llamada “La Ciudad del Sol”, donde el lugar del Monarca lo ocupa un personaje llamado “Metafísico”, como nos recuerda Federico González en *Las Utopías Renacentistas*, imprescindible para entender también la dimensión simbólica de la política.

Además de San Agustín y su obra *La Ciudad de Dios*, otros eminentes platónicos cristianos que ejercieron igualmente una notable influencia en Dante fueron los integrantes de la escuela de Chartres (siglo XII). Hablamos de Bernardo y Teodorico de Chartres, Guillermo de Conches, Alain de Lille, Bernardo Silvestre, Gilberto de la Porrée, (este último elogiosamente citado por Dante en el libro de la Monarquía al llamarle “Maestro de los seis principios”, etc.), hasta el punto que ha llegado a decirse que “hablar de la escuela de Chartres es como hablar de Platón” (M.M. Davy). Esos filósofos buscaban conciliar el pensamiento platónico expresado en el *Timeo* con la tradición cristiana, siendo así de alguna manera precursores del Renacimiento. Y desde luego no podemos olvidarnos de la escuela de Saint-Víctor (también en el siglo XII), que alumbró al neoplatónico Ricardo de Saint-Víctor, otra de las referencias doctrinales importantes para Dante, hasta el punto de que en *La Divina Comedia* lo sitúa en el Cielo del Sol, junto al propio Dionisio Areopagita, el rey Salomón, Tomás de Aquino, Alberto Magno, Boecio, Isidoro de Sevilla y otros sabios y filósofos.

De todos esos movimientos culturales impregnados de platonismo se nutrió el pensamiento de Dante, que también bebió del *Comentario al Sueño de Escipión* de Macrobio y de *Las Bodas de Mercurio con Filología*, una obra neoplatónica del siglo V escrita por Marciano Capella, y donde se habla de la unión de la inteligencia (Mercurio) con la palabra (Filología),

dato este bastante relevante para un poeta que, como Dante, es un transmisor de la Filosofía Perenne. Otra obra medieval que marcó la formación intelectual del genio florentino es el *Liber de Causis*, o *Libro de las Causas*, texto anónimo que nació en medios árabes e inspirado nada menos que en Proclo, uno de los más insignes representantes del neoplatonismo y de la “cadena áurea” en Occidente como hemos dicho y seguiremos diciendo.



Paraíso canto XXX. Dante y Beatriz llegando a la Ciudad Celeste, donde aparece el águila imperial.
Giovanni di Paolo. Siglo XV.

En fin, otra de esas fuentes apunta a Oriente, concretamente hacia el sufismo islámico, e incluso el sufismo iranio, donde también aparece la expresión *Fieles de Amor* para referirse a una rama del sufismo chiita (conocedores de Platón y del *Corpus Hermeticum*) que estaban organizados al igual que los *Fieles de Amor* de Dante en torno a la idea de la conquista de la Sabiduría a través del desarrollo de todas las potencialidades espirituales contenidas en la energía del Amor al Conocimiento. No creemos que todo esto sea mera casualidad, pues es sabido que durante la Edad Media existieron vínculos más o menos secretos entre las diferentes

organizaciones iniciáticas y de caballería, tanto cristiana como islámica.³

Volviendo de nuevo a Aristóteles, es cierto que se ha escrito mucho sobre su influjo en Dante, lo cual es innegable. Por poner un ejemplo, el libro del *Convivio* o el *De la Monarquía* están plagados de citas de Aristóteles, que en el caso del último título le sirven al poeta florentino para reforzar sus ideas sobre la ética, la justicia y el derecho. Pero las ideas-fuerza que modelan lo más profundo de su pensamiento y nutren lo más íntimo de su alma proceden principalmente de Platón por vía del neoplatonismo, al que pertenecen también esa cadena de filósofos, literatos y poetas latinos de los que Dante se alimentó, y que comenzando por Cicerón, Séneca, Ovidio, Estacio, Horacio y Virgilio, llega hasta Boecio, cuya obra *La Consolación de la Filosofía* supuso para Dante una verdadera revelación en un momento crucial de su vida.

Dicho de manera muy resumida, las ideas platónicas apuntan hacia la metafísica y buscan crear las condiciones para que el ser humano viva su existencia de acuerdo a esa realidad trascendente, estableciendo un eje que une el mundo superior al inferior; Aristóteles, que fue discípulo de Platón, desde luego que no ignora esa realidad, pero su horizonte intelectual es más limitado y se circunscribe más bien al orden lógico y racional de las cosas, es decir a fijar en un sistema las enseñanzas filosóficas, de ahí que estas dieran lugar, entre otras materias, al desarrollo de las ciencias empíricas. Esta limitación se debe posiblemente a que Aristóteles no se siente partícipe de la tradición órfica y mística que sí

³ Este es un tema que ha sido tratado por René Guénon en varias ocasiones, y especialmente en *El Esoterismo de Dante*, y a él remitimos. Allí habla Guénon, recogiendo algunas reflexiones del arabista español Miguel Asín Palacios, de la influencia ejercida en la obra de Dante por Ibn Arabí, el más grande de los metafísicos sufís de todos los tiempos, quien se llamaba a sí mismo “hijo de Platón”.

está presente en Platón, al igual que en Pitágoras, para quienes el mito y su vivencia es una clave esencial en la enseñanza de la Filosofía, considerada como una revelación de los dioses, y en consecuencia como una realidad siempre viva y en constante interrelación con las potencias e ideas que crean el orden del universo, orden convertido así en un modelo para el ser humano y su acción en el mundo.

Nosotros pensamos que el punto de vista platónico y el punto de vista aristotélico se refieren a dos visiones distintas aunque complementarias de la realidad, y por tanto no debe verse en ellas ningún tipo de oposición, sino más bien una complementariedad, como son complementarios el cielo y la tierra. En cualquier caso Dante, y en consonancia con el espíritu de su época que ya anunciaba el prodigio histórico del Renacimiento, siempre buscó conciliar a Aristóteles con Platón, es decir la escolástica por un lado, y por otro con la metafísica y la cosmogonía que procedía de la tradición platónica.

Dante invoca la autoridad de Aristóteles en muchas ocasiones y lo toma también como su maestro (al que designa constantemente como “el Filósofo”), lo cual nos recuerda al gran cabalista zaragozano Abraham Abulafia, que también tenía en muy alta estima la filosofía de Maimónides (de raigambre precisamente aristotélica, pero con una fuerte presencia de la sabiduría judaica), y sin embargo, como cabalista, Abulafia era un representante muy cualificado del esoterismo y la metafísica judía. Un iniciado en la Gnosis, en el Conocimiento, como era Dante (y también Abulafia) ha de ir necesariamente más allá de la filosofía aristotélica, es decir su pensamiento ha de aspirar a cimas más altas y más verdaderamente universales, y el soporte doctrinal que representa a este respecto la filosofía platónica es fundamental.

Recordemos en este sentido que ya en el *Convivio* (III, 14-8) Dante llama a Platón el “mejor de ellos [los filósofos] tras

la Sabiduría". Este es un "detalle" que no puede pasar desapercibido, pues con él Dante nos está señalando implícitamente la existencia de una jerarquía entre Platón y el resto de filósofos, incluido Aristóteles.⁴ Como verdadero interesado en el Conocimiento, repetimos, Dante aspira hacia la metafísica. De esto estamos completamente seguros, pues ha dejado testimonios más que suficientes en distintos lugares de su obra, una obra que es una emanación y un soporte de su propio proceso espiritual.

Por otro lado, Dante tiene un discurso didáctico, como es obvio leyendo su obra, incluida la clave de bóveda de toda ella, *La Divina Comedia*. No escribe solo para eruditos, y él mismo no se considera tal, a pesar de haber estudiado los tratados y las grandes *Summas* de los teólogos de la Edad Media, como la de Tomás de Aquino. Más bien asimila y ordena todo ese pensamiento y lo hace inteligible para la mayoría, pues utiliza sobre todo la lengua vernácula, el "vulgar ilustre" como él la denomina, que es aquella que puede entender todo el mundo porque es la lengua que hablan, convirtiéndose así en el vehículo de comunicación de las ideas. Dante, al igual que Brunetto Latini, sabe de la importancia de la lengua como instrumento de construcción de la ciudad, o sea de la política, del gobierno de la *polis*. La lengua hablada por todos adquiere una nueva dimensión y se convierte en una lengua no sólo poética sino también filosófica, o me-

⁴ Este no es el único ejemplo donde Dante expresa la alta consideración en que tenía a Platón, y en ocasiones deja entrever que las ideas expuestas por este tienen un sentido superior al literal, es decir que contienen un significado oculto que hay que desvelar mediante otras "luces" que no sean las del simple raciocinio, o "lógica". A esto pensamos que alude el poeta florentino cuando en el canto IV del Paraíso señala un pasaje del *Timeo* de Platón donde se habla del retorno del alma a su estrella (es decir a su patria celeste). Dice Dante que "quizá su sentencia es de otra guisa / que como suena,..." Es decir que contiene un sentido simbólico más allá del literal.

Por dicho esa poética incluye una filosofía, un amor a la Sabiduría. Por eso Dante escribió ese tratado llamado *Elogio de la lengua vulgar*, que además de contener un “lenguaje secreto” que sólo podía ser comprendido por los que tienen “veraz entendimiento”, o sea por los *Fieles de Amor* y quienes como ellos participaban de los mismos principios universales,⁵ decimos que ese tratado sería fundamental para la formación definitiva de un idioma, el italiano, que se convertiría a partir de entonces en la lengua hablada por todo un pueblo, que se unificó gracias a ella, como se unificarían los distintos reinos hispanos gracias al castellano (sin detrimento de las otras lenguas peninsulares, como el catalán y el gallego), teniendo en ello un papel destacadísimo la obra cultural de Alfonso X el Sabio centrada en la Escuela de Traductores de Toledo, Sevilla y Murcia. Precisamente, Alfonso X el Sabio promovió *Las Cántigas de Santa María*, escritas en galaico-portugués.

La lengua, ya sea hablada o escrita, es en efecto el vehículo de la cultura, y no podemos desconocer el aspecto simbólico que reviste el lenguaje en todas las civilizaciones tradicionales, en cuyas cosmogonías siempre existe el dios que otorga la palabra a los seres humanos, sin la cual éstos quedarían reducidos a un estado inferior. Tal es el caso de Hermes-Mercurio, deidad que, al igual que el Thot egipcio, dona a los hombres la palabra y también su cristalización, la

⁵ Como nos dice a este respecto René Guénon (*Esoterismo Cristiano*, capítulo VI): “El punto esencial aquí es saber lo que Dante entiende por la expresión *vulgare illustre* que puede parecer extraña y contradictoria si nos atenemos al sentido ordinario de las palabras, pero que se explica si se subraya que él tomaba *vulgare* como sinónimo de *naturale*; es la lengua que el hombre aprende directamente por transmisión oral (como el niño, que desde el punto de vista iniciático representa al neófito, aprende su propia lengua materna), es decir, simbólicamente la lengua que sirve de vehículo a la tradición, y que puede, bajo este punto de vista, identificarse a la lengua primordial y universal”.

escritura, como los instrumentos culturales y civilizadores por excelencia. No hay construcción, no hay creación, sin la palabra nacida del Intelecto. “En el Principio era el Verbo...”, leemos en el Evangelio de Juan. El acto cosmogónico principal es el paradigma de cualquier creación a escala humana, incluida la política.

Al igual que Sócrates –o sea al igual que Platón–, Dante desciende a la plaza pública, al ágora, y allí enseña hasta donde es posible lo que ha comprendido en su búsqueda de la Sabiduría. Pero todo ello tiene un propósito concreto y sigue una política de alto calado. Nos explicamos. En el *Convivio* (I, IX, 2-5) Dante afirma expresamente que no escribe para eruditos, que son los que han prostituido la literatura por su afán de lucro y renombre social, sino para aquellos que, ya sean hombres o mujeres, buscan sinceramente la recepción de una noble enseñanza. Dice Dante:

Que la bondad del ánimo, a la que este servicio mira, se encuentra en aquellos que por un desafortunado abandono del mundo han dejado la literatura a quienes la han hecho de señora meretriz, y estos nobles son príncipes, barones, caballeros, y mucha otra gente noble, no solamente hombres, sino también mujeres, que hay muchos y muchas en esta lengua, vulgares, y no letrados.

Acerca de esto último he aquí lo que nos dice nuevamente Erich Auerbach:

Aquí, por primera vez, se apela al público que debía convertirse en portador de la nueva educación europea; porque los monumentos de la vida intelectual europea que la fundaron y ampliaron se escribieron desde ese momento en las diferentes lenguas vulgares y para el público que Dante había

pensado; extraen la fuerza de su expresión vivaz del sustrato lingüístico del que proceden hablantes y escritores, pero todos confluyen en la concepción del *vulgare illustre*. Esta es una lengua literaria que permanece siempre en contacto recíproco con la lengua cotidiana, recibiendo y donando al mismo tiempo, y a través de la cual lo vivo del pensamiento y de la tradición, lo verdaderamente digno de saberse, es accesible a cualquiera que tenga en su corazón el deseo de albergarlo.

La cultura humanista que tiene en Dante, Boccaccio y Petrarca sus precursores principales, se sustenta en gran parte en esta concepción de la lengua y la literatura, que efectivamente se adaptan para que los valores perennes de las ideas de la tradición continúen vehiculándose y no acaben petrificándose por la añoranza de un tiempo que ya ha dejado de existir. La desintegración de la sociedad medieval (que ya se vivía en tiempos de Dante y los *Fieles de Amor*) hizo que el latín, que había sido ya desde Roma la “lengua franca” europea y vehículo de la cultura, perdiera influencia en favor de las lenguas vernáculas (casi todas ellas romances, o sea derivadas del latín), y éstas debían ser necesariamente ampliadas y enriquecidas con conceptos e ideas que procedían directamente del saber heredado de los clásicos, latinos y griegos. Y hemos de reconocer en todo esto la importancia que tuvo la poesía trovadoresca que giraba en torno al tema del Amor y la nobleza interior que genera su constante invocación, y con la que ese saber se entrelazó para abrir nuevas perspectivas que desembocarían en la lengua poética altamente esotérica del *dolce stil nuovo*, cuyo primer iniciador fue Guido Guinizzelli, que empieza uno de sus poemas más conocidos con el siguiente versículo: “Siempre acude Amor al gentil corazón...”. Bajo esa inspiración debía surgir necesi-

riamente un lenguaje que era la expresión de un pensamiento “sublimado” por la atracción que las ideas más elevadas ejercían en la mente y el espíritu de sus promotores.

Por otro lado, esa capacidad para ver e intuir los cambios en la corriente del tiempo que determinan el acontecer de la vida humana, y lo que es más importante, esa capacidad para adecuar a dichos cambios las ideas perennes para que estas continúen influyendo en el ser humano, es un privilegio que sólo poseen los guías espirituales de los pueblos. Dante es uno de ellos. *Elogio de la lengua vulgar* es en este sentido una obra que además de su contenido esotérico e iniciático (que para nosotros es el más importante, pues contiene a todos los demás sentidos posibles) está escrita en clave política, destinada a crear las condiciones propicias para que la cultura tradicional, portadora de una Sabiduría Perenne, no quedara en efecto relegada al ámbito de la ya por entonces solidificada erudición escolástica, con el peligro que esto representaba para su continuidad y pervivencia. Tengamos en cuenta que toda la obra de Dante (si exceptuamos *De la Monarquía*, redactada en latín) fue escrita en el italiano del *dolce stil nuovo*.⁶

Reparemos en esta palabra, *nuovo*, nuevo. Se necesitaba, en efecto, un nuevo instrumento para vehicular esa cultura, que también estaba siendo renovada por la aparición de la tradición humanista que recuperaba el legado y el espíritu de la Antigüedad Clásica. Lo mismo podríamos decir del *Convivio*, obra por cierto inacabada, pero que aun así es un intento por sintetizar todo el saber de su tiempo enfocándolo como un banquete del que, según sus propias palabras, pudieran comer todos los seres humanos que se acerquen a ese saber. Precisamente en el *Convivio* (I, XIII, 11) podemos leer lo siguiente en relación con todo esto:

⁶ Añadiremos que *Sobre la Monarquía* fue traducida al italiano por Marsilio Ficino.

“...porque ya es hora de repartir los alimentos. Este será el pan de cebada del cual miles se alimentarán, y me sobrarán cestas enteras. Así una luz nueva, un nuevo sol despertará cuando el otro decaiga, e iluminará a quienes están en las tinieblas por culpa del viejo sol que en ellos no lucía”.

La *Divina Comedia* también está orientada en esa misma dirección, y cuando Dante nos indica que el contenido de su Canto tiene varios sentidos o niveles, lo que hace es alentarnos en la búsqueda de esos diversos sentidos, a no quedarnos con el más literal y aparente.

Dante era consciente de su destino y de su función, y si bien es cierto que fracasó en su intento por restablecer el Sacro Imperio en la figura de Enrique VII de Luxemburgo, sin embargo su visión de una Monarquía universal nace de una concepción claramente metafísica de origen platónico: la idea de integrar la multiplicidad en su Unidad originaria, o las distintas partes en el Todo, lo cual está en el polo opuesto de los nacionalismos de cualquier color, que son por naturaleza disgregadores de esa unidad, y que estaban surgiendo en ese momento en toda Europa. Este era también uno de los motivos que hacían necesaria la Monarquía universal en la visión de Dante, y por eso consideró que el modelo ofrecido por el antiguo Imperio Romano era el que se ajustaba mejor a esa idea.⁷

⁷ No olvidemos en este sentido que Europa empezó a construirse a partir del momento en que Carlomagno busca el modelo civilizador de Roma e instaura el Sacro Imperio en el siglo IX; a partir de ahí, y al menos hasta el siglo XVII, esa idea del Imperio como modelo de los distintos reinos, repúblicas, condados, ducados, etc., siempre estuvo presente en la política europea o sea que de alguna manera esa concepción ha contribuido secularmente a dotar a Europa de una cierta unidad en lo político, unidad que se acaba rompiendo definitivamente a mediados de ese siglo XVII con los

Podemos afirmar que los principios filosófico-políticos expuestos por Dante acerca del Imperio universal y su gobierno presidido por la Justicia y la idea axial del Bien en el sentido platónico y también en el sentido que tiene en el *Corpus Hermeticum* (donde se habla del Padre Supremo como el Bien y lo Bueno) surgen como una imagen de la propia organización del Cosmos, que es una emanación de la Unidad primigenia, del Ser universal bajo su función de Rey del Mundo (el *Chakravartî* o “Señor de la Rueda” hindú), y que se articula de acuerdo a la conciliación o armonización de sus partes o potencias gracias a una energía muy poderosa a la que Dante y sus compañeros poetas y filósofos designan con el nombre de Amor, idea señalada también por Boecio cuando en *La Consolación de la Filosofía* exclama:

“¡Oh, feliz especie humana, / si rigiera en vuestras
almas /el amor que rige al cielo!”

tratados de Westfalia, los que dieron origen a la preponderancia de los Estados nacionales. En este sentido, estamos convencidos que la actual Unión Europea (donde esos mismos Estados van dejando poco a poco jirones de su soberanía) no se hubiera construido, ni tan siquiera concebido, de no haber existido antes aquella antigua unidad. Por eso mismo resulta inquietante que a comienzos del siglo XXI, esa misma Unión Europea esté siendo cuestionada por algunos de sus propios Estados integrantes, pues aun estando de acuerdo que cualquier búsqueda de la unidad en lo político-social que se sustente fundamentalmente en lo económico es siempre precaria, también es posible recuperar la memoria y la identidad espiritual si subsisten todavía sus “gérmenes”, y nosotros pensamos que estos aún permanecen vivos en Europa. Lo que realmente “fortifica” un proyecto de ese calado son los vínculos enraizados en una cultura (en este caso la greco-romana y judeo-cristiana) y, pese a sus complejidades, una historia común, la cual no ha de verse como algo que pertenece al pasado sin relación con el presente, pues esto mismo es precisamente lo que debilita esa memoria e identidad de los pueblos, hasta hacerlos desaparecer al quedar tan solo un cuerpo sin espíritu alguno que lo anime.

Palabras estas que evocan inmediatamente a Platón cuando afirma que el Amor es un divino arquitecto que bajó al mundo “a fin de que todo en el universo viva en conexión”. Es esa idea esencial, la de la Justicia unida al Amor, a la Caridad, la que según Dante se encarna, o debería encarnarse, en el Emperador o el Monarca como reflejo directo del Ser Universal. Esta concepción estaba muy próxima a la sustentada también por Alfonso X el Sabio, para quien *La Harmonía Mundi* se funda sobre la Justicia, y ésta tiene para Dante su modelo en el cielo de Júpiter, él mismo el planeta y el dios que simboliza la Justicia divina. Por eso dice Dante (*De la Monarquía*, III, 16) que:

La autoridad del temporal monarca desciende, sin intermedio alguno, de la Fuente de universal poder. La cual Fuente, única en la cumbre de su simplicidad, en múltiples torrentes por abundancia de su bondad, se derrama.

René Guénon en su libro *El Rey del Mundo* nos recuerda que en la tradición hebrea el planeta Júpiter lleva por nombre Tsedeq, el “Justo”. No nos extraña entonces que Dante en *La Divina Comedia*, sitúe en el cielo de Júpiter el espíritu de los hombres justos, muchos de ellos reyes y emperadores, como David, Josué, Ezequías, Trajano, Carlomagno, el troiano Rifeo, etc. Añade Guénon que esta aproximación de la Realeza y de la Justicia,

se vuelve a encontrar, precisamente, en el nombre de Melki-Tsedeq. Se trata aquí de la Justicia distributiva y propiamente equilibrante en la “columna del medio” del árbol sefirótico; es necesario distinguirla de la Justicia opuesta a la Misericordia e identificada con el Rigor, en la “columna de la izquierda”, pues son éstos dos aspectos diferentes

La Filosofía Política y la Idea de Justicia en Dante

(...) El primero de esos dos aspectos es la Justicia en el más estricto sentido y, a la vez, el más completo, implicando esencialmente la idea de equilibrio o de armonía, y ligado indisolublemente a la Paz.⁸



Estatua de Dante junto a la Basílica de la Santa Croce, Florencia.

8 René Guénon. *El Rey del Mundo*, capítulo VI.



LA MEMORIA DE CALÍOPE

Canal de Youtube

Blog

Abril 2019